

**ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**
TOMO XXV



C. S. I. C.
1988
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1988

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	9
ESTUDIOS	
Arte	
Las mazas del Concejo Madrileño, por <i>José Manuel Cruz Valdovinos</i>	15
Pintura madrileña de Antonio Carnicero, por <i>M.ª Antonia Martínez Ibáñez</i>	69
Glorificación de la monarquía por la serie icónica del Palacio nuevo de Madrid, por <i>José M.ª Sanz García</i>	73
La Inmaculada Concepción de la Parroquia de Nuestra Señora del Coro, por <i>Gloria Salterain Díez</i>	93
Precisiones documentales sobre los retablos barrocos de Algete y Colmenar de Oreja, por <i>Pilar Corella</i>	97
El escultor catalán José de Rates Dalmau y la sillería de coro del desaparecido convento madrileño de la Trinidad Calzada, por <i>José Luis Barrio Moya</i>	109
Arquitectura	
Tradicón y modernidad en la arquitectura de Antonio Palacios Ramilo: La casa del Conde de Bugallal en Madrid, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	117
Obras en las Casas Reales en torno a Madrid durante el reinado de Felipe III, o cómo conservar el pasado, por <i>Alicia Cámara Muñoz</i>	129
Biografía	
Anotaciones para el estudio de don Evaristo San Miguel, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	141
Abadologio del Monasterio de San Martín de Madrid (1594-1835), por <i>Ernest Zaragoza Pascual</i>	151
Enseñanza	
Carlos III, pionero de las Escuelas de Formación Profesional de la mujer: La Escuela de Listonería del Barrio de las Vistillas de Madrid, por <i>Paloma Pernil Alarcón</i>	183
Epigrafía	
Nueva inscripción romana (Monasterio de «El Paulan», Madrid), por <i>Julio Mangas</i>	211
Antigua epigrafía madrileña, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i>	215
Fiestas y costumbres	
Fantasmas históricos de una casa de la Calle Mayor, por <i>Francisco Azorín García</i>	267
Fernando VII, ganadero de reses bravas, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	281

	<u>Páginas</u>
Historia	
La vivienda madrileña en los años de la Ilustración, por <i>M.^a de los Santos García</i>	299
Madrid arrienda las tierras de sus propios 1792-1794, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	311
Los madrileños a la hora de la muerte (según testamentos del año 1650), por <i>Isabelle Pontrín</i>	335
De la Plaza del Arrabal a la Plaza Mayor, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	351
El sistema fiscal de Madrid en el antiguo régimen: Las sisas, por <i>Carlos de la Hoz García</i>	371
Nuevas aportaciones al recibimiento en Madrid de la reina Doña Margarita de Austria (24 de octubre de 1599), por <i>Carmen Cayetano Martín y Pilar Flores Guerrero</i>	387
Jardinería	
Proyectos del siglo XVIII para los Jardines del Palacio de Madrid: Esteban Boute-lou y de Garnier de L'isle, por <i>José Luis Sancho</i>	403
Literatura	
El estreno de «El Santo de la Isidra», por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	437
Pequeñeces ¿Novela madrileña con clave?, por <i>José del Corral</i>	443
Provincia	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	457
Puente nuevo sobre el río Guadarrama en Galapagar, por <i>Anastasio Miguel Cuesta</i>	477
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	483
BIBLIOGRAFIA	
Raros impresos complutenses del siglo XVI en bibliotecas portuguesas, por <i>Julián Martín Abad</i>	507

EL ESTRENO DE «EL SANTO DE LA ISIDRA»

(El Teatro de Apolo, Carlos Arniches y el Maestro Torregrosa)

Por MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS

El pueblo madrileño, de por sí castizo y dicharachero, crítico y comentarista de todo género, bautizó en su día con el subtítulo de «La Catedral del Género Chico» al antiguo e inolvidable teatro Apolo.

Con razón y no sin fundamento, fue denominado así uno de los coliseos más populares y prestigiosos de los años finales del siglo XIX y principios del XX.

El que primitivamente iba a llamarse teatro Moratin y que más tarde y desde su principio se denominó teatro Apolo, por criterio de Manuel Catalina, fue el escenario en el que habrían de darse a conocer al público de la capital de España las obras fundamentales y básicas del llamado no por su calidad, sino por sus dimensiones, el «Género Chico», que con la famosa *La Verbena de la Paloma* (17-2-1894), *Agua, azucarillos y aguardiente* (23-7-1897), *La Revoltosa* (20-11-1897), con *La Gran Vía* estrenada en el teatro Felipe (2-7-1896) y *El barberillo de Lavapiés*, dada a conocer en el viejo teatro de la Zarzuela (19-2-1874), constituyen los firmes cimientos del género teatral tan en boga y con tanto entusiasmo recibidos que habían de llenar toda una época feliz del mundo de la farsa escénica desarrollada en lo más castizo de la vida madrileña.

El teatro Apolo, construido por el señor Gargollo, banquero, su propietario durante mucho tiempo, en el número 45 de la calle de Alcalá, junto a la iglesia de San José y el café «La Elipa», en el solar que hoy ocupa una importante entidad bancaria, el banco de Vizcaya, a quien se debe (todo hay que decirlo), la desaparición del más popular y entrañable de los escenarios madrileños. Fue inaugurado el 23 de noviembre de 1873, cuyo edificio se debió al arquitecto señor Sureda, poniéndose en escena *Casa de dos puertas* de Calderón de la Barca, y *Ella es él*, debida a Bretón de los Herreros, pieza en un acto que viene a completar el espectáculo del que era primera actriz Matilde Díaz, de cuya

compañía formaban parte artistas tan meritísimos y populares como Sofía Alve-
ra y los señores Antonio Vico y Miguel Cepillo entre otros.

Según nos dejó escrito el gran publicista Augusto Martínez Olmedilla y no-
sotros comprobamos de «visu», en el vestíbulo entraban y salían los carruajes;
columnas de mármol, adornos y candelabros de bronce adornaban las amplias
escaleras, con galerías encristaladas; Sanz y Cabot pintó la cúpula, y el techo,
Vallejo, cuyas alegorías adornando el café de Fornos le dieron fama. La gran
lucerna traída de París era magnífica. Ferri y Busato fueron los escenógrafos de
la sala. Los herrajes de Bonaplata y Basthey. El ingeniero Picolli dirigió las obras
en lo que era de su incumbencia. Todo era allí espléndido, elegante y distingui-
do. El teatro tenía localidades para dos mil doscientos espectadores. La entrada
a los anfiteatros y general se efectuaba por la calle del Barquillo, 3, pared por
medio de la lujosa residencia del banquero señor Gargollo, en Barquillo, 5, con
vuelta a la plaza del Rey, 1, con entrada de carruajes y con jardín interior.

Antes de alzar el telón por primera vez, la orquesta ejecutó una sinfonía
compuesta *ad hoc* por Núñez Robres, y para dar entrada a la feliz celebración
del acto inaugural, Manuel Castalina, empresario del teatro en cuestión, leyó una
poesía alusiva al acto, escrita especialmente por el poeta Núñez de Arce. Costaba
la butaca dieciocho reales, precio exorbitante para aquella época, lo que escan-
dalizó al público. Esto, unido a lo excéntrico del local (la vida de Madrid termi-
naba entonces en la calle de Sevilla), retrajo durante algún tiempo al público.

Nota recordatoria importante fue el estreno de *El libro talonario*, de don José
Echegaray, obra en un acto y en verso, dada a conocer con el seudónimo de
«Jorge Hayaseca», dada la alta y prestigiosa personalidad del ilustre político.

La obra despertó un gran interés del público, enterado del verdadero nombre
del autor de la obra, que obtuvo el éxito que se esperaba, pero sí que se sostuvo
no poco tiempo en el cartel, tal vez por tratarse del a la sazón ministro de
Hacienda.

Pero el tiempo llenó de éxitos y prosperidades para el género y el propio
teatro y al fin las circunstancias determinaron su desaparición, que tuvo lugar el
30 de junio de 1929, siendo representada *La Revoltosa*, en la que actuaron entre
otros Séllica Pérez Carpio, Charito Sáez de Miera, Carmen Andrés, Pilar Perales,
Angelita Durán, Jesús Navarro y el gran Pepe Moncayo, famoso por su vis
cómica y su dilatada y pintoresca vida. Se cerró el acto con unos versos relacio-
nados con el triste acontecimiento de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.

En este teatro, memorable por tantas efemérides, se estrenó *El Santo de la
Isidra*, libro del alicantino Carlos Arniches, sucesor en el género de don Ramón
de la Cruz, y el maestro Torregrosa, que puso música a tan célebre y popular
libreto.

Era Carlos Arniches, como se ha dicho, de Alicante, sin que esta circunstancia impidiera su labor teatral dedicada a su Madrid chulapo y castizo que hizo historia en el transcurrir de los años de ese siglo finisecular que ocupó en la escena un lugar preferente.

Carlos Arniches y Barrera, que había nacido el 11 de octubre de 1866 y muerto en Madrid en 1943, estrenó no pocas obras, muchas de ellas desarrolladas en un ambiente del más puro casticismo matritense.

Fue Arniches maestro del «Género Chico» y entronca, como ha dicho uno de sus biógrafos, con los grandes saineteros Tomás Luceiro, Ricardo de la Vega, Bretón de los Herreros y con su ilustre antecesor don Ramón de la Cruz, y en el tema costumbrista no ha tenido rival por su gracia espontánea y la exactitud con que pintó a sus tipos, sobre todo los de carácter popular.

La farsa y la tragedia grotesca fueron las directrices escénicas de su fecunda obra teatral. Fueron acaso sus mejores obras sainetes puros donde señorean lo pintoresco y lo cómico, lo artístico y el sentimiento, la risa espontánea y de buena ley, según las describió el gran crítico Cejedón. Entre sus más famosas obras y más aplaudidas por el público figuran *El amigo Melquiades*, *La sobrina del cura*, *La casa de Quirós*, *La señorita de Trévez*, *Serafín el pinturero*, *La venganza de la Petra*, *El solar de la Mediacapa*, *El señor Adrián el primo*, *Para ti es el mundo*, *El Santo de la Isidra*, *Doloretas*, *Los granujas*, *El puñao de rosas*, *Los chicos de la escuela*, *El pobre Valbuena*, *Alma de Dios*, *Los caciques*, *Es mi nombre* y *Don Quintín el amargao*.

Ramón Pérez de Ayala, crítico mordaz y afortunado ensayista, hubo de decir de las obras de Carlos Arniches que la realidad y la gracia son los elementos que avaloran la obra de este genial autor teatral, y un escritor contemporáneo, muy versado en temas matritenses, llegó a escribir que Arniches ha llevado a los escenarios como nadie el sentimentalismo, la sensiblería y el humor del pueblo madrileño con gran riqueza de observación, que va desde lo más honradamente psicológico, que es reproducción de tipos humanos, a la pintura fidelísima y realista de las costumbres, y todo ello manando de una fuente inagotable de comicidad y melodramatismo.

Por otro lado, el autor afortunado de la música, injustamente olvidado: el maestro Torregrosa; apenas quedan antecedentes y no por eso es menor el mérito musical de este artista del pentagrama.

Torregrosa, según Antonio Valencia, no era uno de los compositores de primera en el género, pero tenía oficio abundantísimo para escribir música, que sonaba bien y era ajustada a las necesidades musicales del «Género Chico», al que conocía por dentro a la perfección como director de la orquesta del Teatro

Apolo. Con ello suplía lo que pudiera faltar de personalidad al lado de las grandes figuras musicales del tema popular.

El estreno de *El Santo de la Isidra* tuvo lugar en el teatro Apolo de Madrid, de gratisima recordación, el 19 de febrero de 1898, obteniendo ya en la primera representación un verdadero éxito de público y crítica. No era raro este triunfo escénico avalado por las meritísimas dotes de los hermanos Emilio y José Me-sejo, Carreras y Ontiveros, encargados de los principales papeles, ajustados a su profesionalidad teatral en tipos tal vez hechos a su estilo y medida, cómica o sentimental. El autor planteaba una vez más el tipo corriente en algunas de sus obras, del valentón cobarde y el tímido valiente. El miedo, casi sin personajes, fue un poderoso producto de los efectos teatrales de Carlos Arniches.

La acción de *El Santo de la Isidra* transcurre en el escenario natural de un Madrid chulapo y castizo y jaranero. La obra, un acto y tres cuadros, se desarrolla en el ambiente netamente madrileño. El primer cuadro tiene su acción en una plazuela de los barrios bajos. Al fondo, dos casas separadas por un callejón que da a la calle de Toledo y en cuyo fondo se ve la plaza de la Cebada. El segundo cuadro tiene su desarrollo en el Puente de Toledo, la Feria de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, y el tercero, en la mismísima Pradera de San Isidro el día del Santo.

En el transcurso de toda la obra desfilan una serie de tipos populares que dan carácter y fisionomía al sainete en un hervidero de gente gozosa y divertida.

Con tres o cuatro orquestas
de varias clases
pueden bailarse a tiempo
polkas y valsos
y con tanto barullo
con tanto ruido
nos alegramos todos
de haber venido

Alegre es la mañana
y hermoso el día:
hoy va ha ser cosa buena
la romería
Vamos allá
¡y el que no se divierta
tonto será!

Canta el coro mujeres y hombres:
Mujeres – Veréis cómo la Isidra
tarda una hora
Hombres – Es que ella nunca ha sido

madrugadora
Mujeres – Ya se estará poniendo la ropa nueva
 Pa bailar en el Santo
 si hay quien se atreva
Hombres – Pues no ha de haber
Mujeres – Silencio, que eso pronto
 lo hemos de ver

La obra toda es un canto a Madrid risueño que no tardaría en desaparecer. Sólo el tipismo verbal de un autor como Carlos Arniches se ha dejado estereotipar en el historial del teatro español contemporáneo. La obra canta a un Madrid que se nos fue para siempre, termina en una algarabía y jolgorio, que dibuja, perfila y da vida a unos tipos populares, que fueron vida de la vida del oso y el madroño, en los años finales del siglo XIX y principios del XX.